



Polis

Revista Latinoamericana

18 | 2007

Identidad Latinoamericana

María Teresa Pozzoli, *La obediencia de Abraham. Ensayo sobre el aprendizaje institucional de la obediencia patológica*, Editorial Universidad Bolivariana, Santiago, 2007, 218 p.

María Emilia Tijoux



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/polis/4213>

ISSN: 0718-6568

Editor

Centro de Investigación Sociedad y Políticas Públicas (CISPO)

Edición impresa

Fecha de publicación: 23 diciembre 2007

ISSN: 0717-6554

Referencia electrónica

María Emilia Tijoux, « María Teresa Pozzoli, *La obediencia de Abraham. Ensayo sobre el aprendizaje institucional de la obediencia patológica*, Editorial Universidad Bolivariana, Santiago, 2007, 218 p. », *Polis* [En línea], 18 | 2007, Publicado el 23 julio 2012, consultado el 30 abril 2019. URL : <http://journals.openedition.org/polis/4213>

Este documento fue generado automáticamente el 30 abril 2019.

© Polis

María Teresa Pozzoli, *La obediencia de Abraham. Ensayo sobre el aprendizaje institucional de la obediencia patológica*, Editorial Universidad Bolivariana, Santiago, 2007, 218 p.

María Emilia Tijoux

NOTA DEL EDITOR

Recibido el 04.12.07 Aceptado el 17.12.07

- 1 “¿Cómo un ser humano cualquiera, educado en los valores cristianos que son predominantes en los sectores militares de la sociedad chilena pudo, como resultado de sus comportamientos de obediencia, transgredir los umbrales de la ética y realizar actos criminales?”. Esta pregunta de investigación guía el trabajo de María Teresa Pozzoli que reseñamos.
- 2 El libro de María Teresa Pozzoli aborda la debida obediencia militar arraigada en la ideología de las Fuerzas Armadas chilenas durante el período de la dictadura. Premunida de testimonios de personas que vivieron las experiencias de encierro y castigo, tanto de militares como de militantes, la autora provoca por su osadía al enfrentar la crueldad que brota del recuerdo, diferenciado, entre quienes la sufrieron y quienes la ejercieron. Su investigación, realizada en los años noventa, llega hoy día cavilada a la luz de acontecimientos posteriores, para detenerse en el acto de obediencia y empujarnos a salir de una lectura superficial que deje suponer que la locura o la maldad humana pudieran ser las causas que llevan al ser humano a dañar al otro(a) para que sufra. No sólo se trata

de una “confesión”, sino de todo un sistema que se cristaliza en esta extraña y siniestra relación de dos personas, relación social, o *prima facie*, aquí caracterizada de compleja, que se produce en lugares secretos, que no debemos entender como producto de una legislación secreta, y que se arma en una situación de total desigualdad. Se trata de una relación de poder absoluto de aniquilación, entre un sujeto-funcionario-público, que utiliza una violencia legitimada, contra otro; y donde este otro solo tiene al frente al aniquilador-desaparecedor, en el cual debe buscar alguna debilidad humana que le permita verlo como a un-otro-humano, que sufre.

- 3 Complicado nudo al que se enfrenta la autora. Principalmente cuando la cuestión del tiempo, o de las situaciones socio-políticas, no eximen el hecho que estos actos sigan siendo practicados, aun en contra de la ley. Destaca en esto la educación para la obediencia, que atrapa tanto a individuos como a grupos que conforman la sociedad. “Perseguir al mal” implica “cazar” al malo(a) y si el malo(a) lo es para toda la sociedad - porque así funciona la construcción de la figura a estigmatizar (deshumanizar)-, entonces no nos extrañemos que sólo cambie el personaje al que se persigue: anarquista, comunista, mapuche, subversivo, homosexual, chico de la calle, mendigo, joven, mujer pobre, delincuente del mundo excluido. El que ejerce la violencia para destruirlo, actúa siempre en nombre de *algo* o de *alguien* que justifique su actuar: la patria, el bien común, la razón de Estado, el mercado, el orden social, Dios o la ideología de turno. Por lo tanto, no puede ser malo. El otro, siempre será tratado desde la *fuerza* de lo social pegada al sentir tan común del: “en algo habrá andado” o “algo habrá hecho” que justifica el sufrimiento y la destrucción.
- 4 Los testimonios que se cruzan en este trabajo para dar cuentas de las apuestas teóricas que se juegan, surgen del habla de militares que estuvieron detenidos, de militares que trabajaron como castigadores, como también de mujeres y de hombres que dan cuenta desde su heterogeneidad sobre los modos en que debieron inventar sus existencias y resistencias de aquellos días. Sin embargo queda, imborrable, la huella de esas violencias en sus vidas, violencias que fueron ejercidas en nombre de la nación, por parte de los miembros de las fuerzas de orden y de seguridad, por los civiles que colaboraron y por los muchos que ni vieron, ni oyeron, ni supieron... o dieron vuelta la cara.
- 5 Lo que está en el tapete es la violencia política y el lugar que se le otorga a quienes dañaron. Desde que la política *es* política, ésta contiene violencia. La borradura del mal queda legitimada no sólo en la razón legal, sino en el sentido común. Cuando Hannah Arendt asiste al juicio y se detiene a mirar a Adolf Eichmann, no ve a un monstruo, sino a un hombre mediocre y preocupado por su carrera: “un burgués, ni bohemio, ni criminal sexual, ni fanático perverso, ni siquiera un aventurero”. Desde esta *banalidad* del hombre que describe, Arendt destaca la *banalidad* misma de sus actos.
- 6 Me parece que vale la pena caminar de la mano de esta autora alemana para leer con otros ojos el libro de Pozzoli, porque cuando la primera refiere a la banalidad no lo hace para hablar del genocidio (en tanto concepto jurídico construido después del acontecimiento), sino para apuntar a un problema esencialmente político. El término “banalidad del mal” no pretende minimizar los crímenes cometidos, sino que busca medir la dificultad extrema que implica juzgar crímenes insoportables cuando los criminales son personas ordinarias, cuestión que hace a los crímenes más terribles aun: “hubiera sido reconfortante creer que Eichmann era un monstruo”, pero esa gente “era terriblemente normal”, afirma. Cuando la locura o la monstruosidad consiguen explicar

hechos terribles, parece que algo se calma. Pero aquí no se trata de dementes, sino de personas normales.

- 7 Entonces, la “banalidad del mal” nos dice que en cada uno de nosotros, seres comunes y corrientes, existe la posibilidad de lo inhumano. Dicha banalidad, proviene de un sistema social que ha devenido tan perverso, que los peores actos cometidos pueden ser entendidos como actos normales. Para que esto sea posible, el terreno y las personas deben estar educados de antemano para un sentimiento, preparados para exterminar a una categoría socio política. El proceso de deshumanización despolitiza, suprime a lo humano para considerarlo como no-perteneciendo al mundo de todos. Y si no pertenece al mundo, no merece vivir en él, por lo tanto, exterminarlo, dañarlo o hacerlo sufrir, no es un problema.
- 8 El esfuerzo de la autora de este libro nos conduce a una reflexión sobre el sufrimiento social y a seguir preguntándonos por el otro, por el diferente, el extraño, el pobre o el extranjero. Lo que, antes que eximirnos, nos exige que nos preguntemos por los dispositivos que han posibilitado estos hechos, por las doctrinas que se defienden y por las teorías que las legitiman. No hay que olvidar que, tal como ella destaca, el tipo de obediencia estudiada se dio “en una institución instrumental formal, con una planificación predefinida, cuya racionalidad social es el manejo de la fuerza”. No se trata entonces simplemente de saber que hubo una pedagogía del terror, sino sobre todo que dicha pedagogía funciona y peor aún, que es eficiente.

AUTOR

MARÍA EMILIA TIJOUX

Dra. en Sociología Universidad de París 8, Investigadora de la Universidad Bolivariana.

Email: emiliatijoux@terra.cl